

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Jerez, llevado á domicilio, por un mes 5 rs
Trimestre. . . . 14 «
Número suelto. . . 2 «

ASTA RÉGIA.

SEMANARIO

DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES LOCALES.

PRECIOS DE SUSCRICION

En la provincia y en la Península, un mes 6 rs
Semestre. . . . 34 «
Número suelto. . . 2 «

Dirección y Administración, plaza de Eguilaz, número 17.

FEBRERO 9 DE 1880.

Horas de redacción, de 2 á 4 de la tarde.

DIRECTORA; CAROLINA DE SOTO Y CORRO.

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS.

LA PRIMERA ANECDOTA.

LA FÁBULA.

Descansaba Thartesinde sobre su lecho de flores, cubierto y rodeado de frondosos árboles y abundantes rios. Brillaba en Oriente el espléndido sol de este paraíso que cantó Homero y que alabó Cervantes, y allá, á lo lejos, se dibujaban en las sombras de lo futuro las riquezas que habian de adornar el templo alzado por el más sábio de los Reyes, y que aun se estaban virgenes en el seno de esta fecunda tierra; allá, se entreveía la doble corona del valor y la piedad, valor que habian de sentir los godos y los árabes; piedad que habia de llenar de placer el corazón de los católicos, al ver correr, por primera vez en España, en nuestra nobilísima ciudad las aguas salvadoras del bautismo.

Tranquilos se alzaban los Thartesios; alegres se veían aquellos rostros, que aun conservaban la morena tez de los hijos de la Armenia.

Los sacerdotes con sus blancas túnicas adornaban presurosos el magnífico templo del dios Pan, preparándose para numerosos sacrificios.

Por las anchas calzadas entraban innumerables piaras de toros y de corderos, que iban á derramar su sangre en holocausto al dios de la Agricultura.

Gerion, el hombre de los tres cuerpos, se agitaba en su palacio con una emoción que no disimulaba.

Por el *Salto de los Thartesios* (1) se

(1) El Estrecho de Gibraltar.

decía que las gentes de la costa vieron pasar una nave impulsada por cuarenta remos.

Aquel navegante, que se atrevía á cruzar el salto formidable, solo podía ser Hércules; Hércules el vencedor de Anteo el domador de la enorme fiera de Nemea.

La inquietud de Gerion era grande, pero, no quería que sus hijos conocieran sus temores y á Pan, su protector, dedica sacrificios inmensos y el pueblo acude á aquellas fiestas religiosas, alabando la piedad de su caudillo.

Ocupaba el sol la parte más alta de los cielos.

Rios de sangre corrían en las aras de los dioses.

Los sacerdotes sudaban fatigados y sus cuchillos se embotaban yá en las gargantas de las víctimas.

Oraba el pueblo por costumbre, y Gerion aguzaba el filo de su triple lanza y estimaba el temple de sus espadas de bronce.

Allá por el risueño valle se divisa una reunión de hombres que se adelantan rápidamente.

El Jefe de los Thartesios sale á encontrarlos, fuera de la ciudad.

El caudillo de los extranjeros lleva en la mano la terrible clava, que habia de espantar á Cancervero en su horrible guarida. Sobre sus hombros luce la enorme piel de un león espantoso. Los músculos de aquel hombre son de acero, su mirada refleja la grandeza de un semi-dios.

Acabo de fijar, exclama el gigante, los términos de la tierra, junto los campos Eliseos, y antes de bajar á los rei-

nos de Plutón, vengo á pedirte un sacrificio al padre de los dioses, agua y techo para mis guerreros.

Bien venido sea el hombre del Oriente, contesta con fingido placer el hijo de Jaban, bien venido á Tharsis, que, esperándolo ha tiempo, celebra, ante sus deidades protectoras, día tan feliz.

Acércanse los dos valientes, inclinan sus armas poderosas, y juntos atraviesan el arco de granito que dà ingreso á la ciudad.

¿Qué pasó entre aquellos hombres en el palacio de Gerion? Los soldados escucharon durante la noche el eco de las sonoras voces del extranjero y su caudillo.

Por la mañana vieron los asombrados habitantes salir con su general á aquel hombre de la piel del león y de la clava. Ambos serios y encolerizados se dirigian hácia el mar.

Thartheside empezó á temer. Pasó el día, llegó la noche y el jefe no volvió.

Al otro día, un guerrero entró llorando en la ciudad. Gerion había muerto á manos de Hércules entre unas rocas del Atlántico, en donde el temible marino estaba levantando un pueblo, fundándolo sobre las mismas olas.

Aquella noche al pié del cerro, de donde salió Luso para formar el pueblo que había de ser patria de Camoens, se levantaba una pira, que consumía todo lo que en vida fué querido por Gerion y los sacerdotes arrojaban copas de vino sobre los troncos inflamados.

F. DE LAVALLE.

La ópera clásica-española.

I.

Hace ya largos años que entre nuestros primeros y más distinguidos compositores, agita-se el pensamiento de crear la ópera clásica española, y bien sea que los antagonismos y rivalidades, tan frecuentes entre nosotros, les hayan hecho perder la constancia y fuerza de voluntad necesarias, para conseguir el anhelado logro de su idea ó que otras causas, hasta el presente desconocidas, influyan en gran manera en la pronta realización de empresa tan laudable, lo cierto es que nada en definitiva se ha llevado al terreno de la práctica, y que mientras Italia, Francia y Alemania tienen su teatro clá-

sico, á nosotros no nos es dado poseerlo, á pesar de que muchas y muy variadas circunstancias favorecen su inmediata creación.

Las objeciones que se han hecho en contra de tan patriótico fin, son á todas luces falsas y hállanse destituidas de fundamento alguno razonable; pues en lo que se refiere á artistas de fama tenemos, y mucho es nuestro orgullo al decirlo; los primeros, sino los únicos, que en Europa recogen incesantemente, por sus especiales condiciones y superior talento musical, los lauros de la gloria.

Gayarre, Padilla, Elena Sanz, Valero, Aramburu, Abruédo y tantos otros como han llevado el renombre artístico de España hasta los más lejanos confines del mundo filarmónico son los que están llamados á realizar el pensamiento concebido por los amantes de nuestro decoro patrio, y dos de entre ellos, Gayarre y Padilla, con generoso desprendimiento que les honra y que habla muy en favor de la nobleza de sus aspiraciones, hanse ofrecido varias veces á coadyuvar con su fortuna á la realización de proyecto tan grande y utilísimo, para el futuro engrandecimiento y esplendor del arte nacional.

Mucho se ha debatido la tan reñida cuestión de que si nuestro idioma es ó no apropiado para que se adapte al recitado del poema lírico, y muchos que de inteligentes se precian, han resuelto la duda en sentido poco ó nada favorable; pero á los que á tal extremo llevan su oposición sistemática, sin comprender los perjuicios que de ella se originan, debemos manifestarle dos cosas, sencillísimas entre sí, pero en las cuales sin duda no han pensado con la debida reflexión y madurez.

Primeramente: el idioma español nada tiene de duro, desagradable y antinómico, todo lo contrario, puesto que á su flexibilidad y dulzura, débese esa continua serie de triunfos que han sabido alcanzar, en sus distintos géneros, nuestras primeras y más renombradas glorias literarias.

En segundo lugar aunque esa dureza que se le supone existiese, no dá motivo á que se relegue al olvido la idea antes mencionada, siendo así que los idiomas francés y alemán son desagradables en extremo y sin embargo los cantantes de esos países los usan y á nadie hasta ahora se le ha ocurrido decir que los *Hugonotes* de Meyerbecher ni el *Fausto* de Gounod, pierdan su reconocido mérito por cantarse en esos idiomas, tan poco ó nada apropiados para interpretación del concepto lírico.

Así pues, desechando sus temores los que en tan pequeñísimos obstáculos fundan su falsa apreciación y consideren que, los argumentos que aducen para sostenerla, caen por su propio peso ante la inflexible lógica de la costumbre y de los hechos consumados.

Además de las razones espuestas mas arriba, prueban palmariamente la suma verdad de nuestro aserto, el que en estos últimos diez años se han cantado óperas en España con libreto castellano; y el público las ha aplaudido mucho, sin que una sola objeción que haya oído que pudiera demostrar el poco interés que despertaba en cuanto á su interpretación, el uso del fluido, sonoro y elegante idioma de Cervantes.

Lejos de ser así, las óperas españolas puestas en escena han obtenido un éxito desusado y todas ellas, desde lo célebre *Hildeuonda* de Arrieta, el *Solitario* de Eslava, *Fernando el Emplazado* de Zubiaurre, *Ledia*, *Roger de Flor* y *La Hija del Rey Jupth*, de Chapí, hasta el *Guzmán el Bueno* de Breton, todos, volvemos á repetir, han sido verdaderos acontecimientos artísticos, de los cuales aun conservan gratísimos recuerdos los entusiastas admiradores de nuestra música clásica, tan digna, por todos conceptos de brillar y estenderse por todas las naciones, como la de los franceses italianos y alemanes.

Reputadísimos compositores no nos faltan, y sinó, díganlo, además de los mencionados antes, el insigne Arrieta, Barbieri, Fernandez Caballero, Marqués y otros muchos que tan solo desean estímulo y protección, para hacer comprender lo que puede, lo que vale y lo que significa, la inspiración y la música española.

Y no se nos objete con el tan consabido tema de que, hasta la fecha actual, ninguna de las óperas antes mencionadas han servido como de repertorio á los cantantes que actúan en Madrid, tal objeción, por lo sencillísima que es se rebate sin esfuerzo alguno.

¿Cómo han de querer los artistas extranjeros dedicarse al estudio de nuestro teatro clásico musical, si esto redundaría en perjuicio de sus naturales intereses?

Desde el momento en que dedicaran á él sus trabajos perdían hasta la esperanza de conocer otras obras de compositores extranjeros, las cuales, por llevar en sí elementos más poderosos para difundirse, había de proporcionarles más lucro, más ganancia y en una sola frase, mejores y más resultados positivos.

Desengáñense pues los que tal pensamiento desarrollasen; lo que se necesita es protección á nuestro arte, á nuestros artistas y sobre todo y ante todo deseos, muchos deseos de hacer lo posible para que, por medio de esta protección sostenida siempre y siempre continuada, se consiga en breve término el resultado que nos proponemos esperar.

Existe también otro detalle importantísimo que es necesario tener muy en cuenta si no queremos que se malogren, quizás para tiempo indefinido, todos nuestros afanes.

Sabido es que el Gobierno subvenciona el Teatro Real y que sin esta subvención, aunque el abono fuese crecidísimo, no bastaría ni con mucho los ingresos, para hacer frente á tantos y tan extraordinarios gastos como ocasiona el sostenimiento de una gran compañía, en la que figuran, casi siempre, cantantes de *primísimo cartel*.

Pues bien; sin lastimar intereses creados ya y que merecen el mayor respeto trátase de que tal subvención se conceda solamente cuando en las compañías de ópera italiana figuren cantantes españoles, exijase cada año mayor número, y de este modo y sin obstáculo de ninguna clase, habremos conseguido algo y más que algo que ha de redundar muy pronto, no solo en beneficio de nuestras eminencias sino en provecho del arte español en quien ciframos todas nuestras miras.

Reflexiónese detenidamente sobre el particular; analícese la cuestión bajo todas sus for-

mas, y antes que permitir que otras naciones digan de nosotros que no tenemos patriotismo suficiente para llevar á cabo ciertas empresas, venzamos toda clase de dificultades é inconvenientes y exclamemos ante ese mundo que nos contempla que nuestra honra es mucha y que aun á costa de los más grandes y penosos sacrificios tendremos ópera nacional, con teatro, libretistas, cantantes y compositores españoles.

ARTURO CAYUELA PELLIZZARI.

REVISTA DE LA SEMANA.

El gran concierto vocal é instrumental que tuvo lugar la noche del lunes en nuestro modesto Teatro Principal, es lo único notable, de que podemos hacer mención en la pasada semana.

Este concierto fué dado por la Sociedad Filarmónica de Jerez, bajo la dirección del entendido maestro D. Francisco de P. Ramirez con la cooperación de la señora doña Elisa Rivas y del señor don Eduardo Bettinelli, notable discípula aquella y profesor éste de la Academia de Santa Cecilia de Cádiz, ambos ventajosamente conocidos en nuestra localidad donde más de una vez hemos tenido ocasión de apreciar su buena escuela de canto y sus conocimientos musicales.

Como que el objeto que se propone la Sociedad no era otro, en las difíciles circunstancias por que viene atravesando, que el allegar recursos con que hacer frente á sus numerosas obligaciones, claro se está, que el pueblo de Jerez no había de dejar de acudir al llamamiento que se le hacía con fin tan laudable, tratándose de una asociación que tanto le honra y por eso no nos extrañó ver aquella noche nuestro coliseo completamente lleno y presentando un golpe de vista, del cual no nos quedaba ni el más ligero recuerdo.

En efecto, los palcos, plateas y butacas estaban todos ocupados por las personas más distinguidas de nuestra culta población, y en ellos lucían su belleza nuestras más lindas paisanas, ostentando riquísimos trajes del mejor gusto y alhajas de gran valor, que hacían resaltar más sus encantos y su sin igual hermosura.

A la hora anunciada dió principio el concierto con la sinfonía inédita de Favaro, de la cual sacó todo el partido posible la orquesta y momentos después se presentó en el palco escénico la Sra. Rivas la cual logró hacerse aplaudir con justicia en *El canto del esclavo*, bellísima composición del señor Espadero, siendo acompañada al piano por el profesor señor Gutierrez, terminando la primera parte con el *Paraglyph III*, de Luppe, gran sinfonía de concierto, la cual fué ejecutada magistralmente por la orquesta de la Sociedad, demostrando una vez más que á la falta de número, suple la unión y el incansable estudio de cada uno de los profesores que la componen.

La segunda parte empezó con el wals á tres voces *El Deseo*, por los coros de la Academia de música, el cual fué cantado con magnífica entonación y perfecta armonía valiéndose numerosos aplausos; siguió después el duo, para

soprano y barítono, de *Rigoletto*, y en él la señora Rivas y el señor Bettinelli fueron colmados de aplausos en pago de la facilidad y buen gusto con que cantaron este precioso trozo de una de las mejores creaciones de Verdi, y, como conclusion de la segunda parte, oímos el andante del gran concierto de Herz en el cual el señor Gutierrez se hizo notar por su gran ejecución y sus profundos conocimientos musicales.

Después de breves momentos vuelve el señor Gutierrez acompañado de la orquesta á tocar el minueto del citado gran concierto de Herz con una agilidad prodigiosa unida á la extraordinaria ejecución que posee, y de la cual ya hemos hecho mérito, valiéndole cuantiosos aplausos.

El *Ave-Maria* de Gounod era el segundo número de la tercera parte y en él estuvo la señora Rivas á una altura inimitable, siendo aplaudida con entusiasmo y obsequiada con flores como justo galardón del sentimiento con que cantó esta sublime inspiración del gran maestro; siguió á esto la romanza de barítono de la ópera *I due Foscari*, la cual fué cantada por el señor Bettinelli con gran perfección y sobre todo, en los recitados estuvo expresivo y vocalizando admirablemente y dando fin el concierto con la gran marcha del *Profeta* por la orquesta y la banda del Hospicio Provincial, dejando algo que desear esta última.

Para concluir, debemos felicitar, siquiera sea de paso, al Sr. D. Francisco de P. Ramírez, Director de la Sociedad, por el gran acierto que tuvo en la elección de las obras que escuchamos y al secretario de la misma Sr. D. Sebastian Romero y Orbaneja, por la actividad y grandes esfuerzos con que contribuyó al mejor éxito de la fiesta, y por último, debemos nosotros también felicitarnos de que en nuestra hermosa ciudad exista una Sociedad que tanto le honra y que tanto dice en favor de su cultura y buen nombre.

JUAN M. DIAZ.

VARIEDADES.

EL CARNAVAL.

En el presente año el carnaval llega á nosotros con mayor presteza que el anterior.

Damos gracias á ese amable viejecillo que con, bondadoso empeño, trata de convertir nuestro malestar y disgustos en loca alegría y ruidosas carcajadas.

Más el padre de los chascos vá á sufrir uno mayúsculo.

Efecto sin duda de su vetusta edad ha perdido la memoria, y no recuerda que años pasados dejó por acá sus atavíos de fingimiento y sus galas de mentira.

Grande vá á ser su sorpresa al vernos vestidos con su ropaje y encontrarse él desnudo.

Antes habia un paréntesis en la vida,

sus gracias movian á risa, sus bromas distraian, sus disfraces extrañaban gratamente y el ánimo largo tiempo comprimido dentro de los estrechos límites de la seriedad y el comedimiento, se esplayaba contento y bullicioso.

Ahora no causará impresion su advenimiento, hemos aprendido sus gracias, sus bromas, sus engaños y hasta sus excesos, nos hemos disfrazado como él y adoptado sus maneras.

El Carnaval no abre ya un paréntesis en la vida, dura toda ella; la llegada del achacoso maestro solo ocasionará la burla de sus aventajados discípulos; si tuviese algun seso no hubiera vuelto, hubiera comprendido que su venida era innecesaria, quizás ridícula.

En estos tiempos cada día es un Carnaval, cada hombre una máscara.

El disimulo en el rostro, lo impropio en el vestir, el engaño en la palabra, el desfreno de las pasiones, la confusion, el trastorno y el no entenderse, son cosas comunes y hasta necesarias á la actual existencia.

La razon no domina, la verdad se oculta, el sentido comun desapareció, la leal, tal ha sido relevada al olvido como exagerado sentimentalismo, la honradez ocupa pocas moradas en nuestro suelo, la formalidad es cosa rara, de pundonor, sentimiento, integridad, patriotismo, etc. etc., solo queda la memoria de sus nombres y éstos tambien hubiéranse borrado á no repetirlos con suma frecuencia, los más prontos á olvidarlos.

Antes sería difícil descubrir en Carnaval una máscara, hoy es imposible conocer á una persona. ¿Quién se fiaba del dicho de una máscara? ¿Quién confía en la palabra de un hombre? Ahora como entonces, el de lujoso traje puede ser un pobrete hambriento, la doncella de aparente y pintado pudor, una descocada mujerzuela, el pretencioso magistrado un mal trapisondista, el de candido rostro, un perillan de siete suelas, el arrogante general, un cabo cien veces sublevado, el opulento banquero, un ratero habilidoso, en una palabra todo es farsa, todo engaño, todo carnavalesco.

¿Quién no aspira á parecer lo que no es? Dadas sus condiciones, no puede ser. El más indocto se reviste, de las apariencias del sábio, el que no sabe dirigir su reducido hogar, aspira á gobernar la nacion, el recluta sueña con lucir los entorchados del general, el que nada tiene, piensa ser mañana arrasado en cómoda carroza.

Y para esto no se cuenta con el estudio, ni con el trabajo, ni siquiera con el tiempo, y las hazañas se estiman cosa fácil y breve; hay medios ingeniosos (reprobados antes y hoy de moda) que facilitan la solución, lo demás no importa; la forma es el todo; la esencia. ¿Quien vá á profundizarla? El sentido santifica, las intrigas y los amaños no avergüenzan, lejos de ello, honra demostrando habilidad plausible.

Hoy se dice tanto vales enanto apareces, con verdad dijimos; en estos tiempos cada día es un Carnaval cada, hombre un far-sante.

El orgullo nos domina, la intranquilidad nos atormenta, la envidia nos corroe, la egolatria nos divide, y entre dudas, engaños y lucha, atravesamos la existencia, cual horda de bacantes.

Si nuestros abuelos a'zaran la cabeza y vieran el desórden en que vivimos, la decepcion que nos arrastra y el caso á que vamos á parar, no podrian conocernos, ó abochornados de su descendencia, volverian á sus tumbas á ocultar su vergüenza bajo el frio mármol que los cubre bajo el tenue polvo en que yacen.

Pero hablemos en sério que la seriedad no es moneda corriente.

Abriguemos no obstante una esperanza; quizás en éstos dias sea lícito lo que no lo es en todo el año.

Jerez y Febrero 8 de 1880.

J. D.

EL CAUTIVERIO EN LAS HUERTAS DE BENAMAHOMA

CUADRO DE COSTUMBRES ANDALUZAS

por Fernando de Lavalle.

(CONTINUACION.)

Pero la hermosa niña, conmovida, levantó los húmedos ojos y solo contestó con una tierna mirada á las balbucientes frases del muchacho.

—¡Jesús y que novios más sositos! dijo, Leandra, ea, que le dá la vergüenza.

—Mira, José, ya que Dios ha querido darnos gusto, mas vale que dijemos á estos parientes, ó nos vayamos, que ahora la niña querrá hablar con la madre de los perendengues y de otras cosas, y está muy asustadita con no otros.

—¿Qué es esto, señor Carota, compañía desecha tras de comia hecha?

—No, señor Triburcio, responde el ranchero; lo que dice Leandra es la verdad misma, y bueno es que cada uno vaya para la casita que yo despues de decidido el lance, hay muchísimo que platicar. Dios le pague á V. y á señá Manuela la que ha hecho por mi hijo, y Dios nos haga muy

viejos y nos dé tantos nietos como su divina Magestad quiera, y tras de los acostumbrados cumplimientos, la buena gente tornó lleno de alegría á la choza de su rancho.

III.

Era la víspera del día de San Antonio, cuando una turba de aldeanos con las piernas metidas en fundas de almohada y la cabeza cubierta con las fajas á guisa de turbante morisco, se dirigian á la choza de Triburcio, disparando al aire sus escopetas y lanzando gritos espantosos, que intentaban parecerse á los *lelilies* hagerenos.

Estaba el sacristan á la puerta de su casa teniendo á la mano varias armas de fuego cargadas y revelando en su rostro cierta especie de satisfaccion mal reprimida, cuando el que hacia de jefe de aquella extraña y mahometana algaraza se dirigió al Sr. Triburcio increpándolo en esta forma:

—¿Dónde está la perra cristiana?

El señor zapatero, fingiendo temor y sorpresa le respondió:

—¿Qué quieren con ella los señores moros?

—Prenderla y llevarla á las mazmorras hasta que se pudra, contesta aquel ferosísimo caudillo.

—No será mientras yo viva; dice valientemente el Sr. Triburcio, y tomando la escopeta dispara sobre los mas inmediatos.

En aquel momento resuena una espantosa descarga, y los hábiles mauritanos derriban al viejo en medio de frenéticos aullidos. Instantes despues, y en medio de un fuego horroroso se vé salir de la choza á la preciosa Dolores entre un moro que se parece al señor Alcalde, y otro gigante que es vivo retrato del gravísimo señor Carota.

Sigue la belicosa procesion hasta el pueblo atronando los aires con infinitas detonaciones, y se detiene á la puerta de la cárcel pública, donde los principales jefes de aquella escaramuza entregan á la hermosa muchacha en manos del Alcalde, vestido al efecto de idéntica manera que los raptos.

¡Jura V. señor Alcalde por el mesmísimo Mahoma y los santos de su calendario, tener presa é incomunicá á esta criatura cristiana, todo el tiempo que determine el alto consejo de los caballeros? esclama el moro Martinez.

—Jurado queda, contesta el Alcalde, y jurado que no vé á haber cadena que no le cuelgue, ni llave que no le heche, ni pan que no le niegue, ni cosa que le dé, ni cosa que no le quite.

—Compañeros, grita Carota, ¿esté bien jurado?

—¡Viva! ¡Muera! responde el coro de los amotinados, levantando las armas y agitando los lienzos rojos de los turbantes.

La jóven Dolores se vé precisada á atravesar los escalones de la cárcel pública, y queda bajo la guarda del alcalde infiel y bajo la no menos formidable del ranchero Carota.

Tornan de nuevo las voces y la turba desenfrenada vuelve hacia la choza de Triburcio con mas furiosos ademanes.

BENDITO EL QUE HACE BIEN.

De alguna Santa ermita
El sábio penitente.
Vestido pobremente
Con misero sayal.
Por áspera colina
Las tardes de verano,
Bajaba el buen anciano
Al prado vecinal.

Y al f bajo de un árbol
Su cuerpo respetable,
La frente venerable
Cubierta de sudor.
Sentado descansaba,
Y al punto con cariño
Llamaba á un pobre niño
De ov-*jas* guardador.

Entonces con su mano
La cruz divina haciendo
Al cielo dirigiendo
La vista sin cesar.
Al niño arrodillado,
Ferviente bendecía,
Y luego que le hacía
Las gracias á Dios dar.

Abriendo su breviario
El noble religioso
Risueño y cariñoso
Con dulce devocion.
Al niño iba enseñando
Las máximas divinas,
Mostrando en sus doctrinas
La santa religion.

El pobre pastorcito
Que tanto se admiraba,
Ansioso lo escuchaba
Con místico placer.
Y aquella inteligencia
Al mundo de-pertando,
El sábio fué alumbrando
Con todo su saber.

Así aquellos dos seres
Tiernísimos se amaban,
Y uniéndose formaban
Contraste encantador
Los rizos del infante
Dorados y tan bellos,
De nieve los cabellos
Del viejo preceptor.

La luz era el anciano
De fuego que se apaga,
La tarde triste y vaga
Que empieza á declinar.
El niño era la aurora
Que nace sonriente.
El sol resplandeciente
Que luego ha de brillar.

Los dos en mucho tiempo
Con santa consecuencia,
Prestando el uno ciencia,
Y el otro su atencion,
Siguiéron, sus virtudes
El viejo practicando,

Y siempre iluminando
Del niño la razon.

Los años trascurrieron;
Mas vióse una mañana
De aquellas que engalana
Con flores el abril.
Subir por la colina
A un hombre conmovido,
De porte distinguido,
De rostro juvenil.

La llama del ingenio
Mostraba su cabeza,
Su frente la nobleza,
Su pecho la emocion.
Y el fuego de sus ojos
Prestaba á su figura
La fuerza y la hermosura
Que dá la inspiracion.

De aquella pobre ermita
Ruinosa ya y desierta,
Pasando por la puerta,
Ferviente se inclinó.
Y ante una triste tumba
Con una cruz sencilla,
Doblando la rodilla,
Sus lágrimas vertió.

Y luego una corona
Dejando funeraria,
Su pecho una plegaria
Tristísima también,
Lloroso y conmovido
Se fué de allí alejando,
Sus labios murmurando:
«Bendito el que hace bien!»

CAROLINA DE SOTO Y CORRO.

LA CONCIENCIA.

Se quitó la armadura
Y buscaba en su pecho la conciencia.
Rasgó la malla dura,
Y ardiendo en impaciencia
Afanoso tentó la piel oscura.
No estaba allí: con uña ensangrentada
El cutis rompe fiero,
Se desprende la carne desgarrada;
Espantoso reguero
Corre de sangre que caliente brilla,
Y, en mil trozos el músculo cortado
Muestra al ojo asombrado
El blancuzco matiz de la costilla.
Aún no está allí: con bárbaros tirones
El hueso arranca, y mira
Tras de la oscura piel de los pulmones
La negra sangre que copiosa gira:
Red de arterias, extraño movimiento
De órganos que se cruzan y difunden:
Rara trasformacion del alimento;
Vientos que la sangre se confunden,
Cuadro sublime de sublime ciencia,
Creacion del infinito
Encerrado entre todo su potencia...
Mas ahí el guerrero con valiente grito.
¿En dónde está, pregunta, la conciencia?
Y ya la roja mano

En las vitales fibras introduce,
 Ya con valor insano,
 Que en los ojos reluce,
 De la ronca garganta
 Hasta la amarga hiel la mano emplea,
 Y con frialdad que espanta,
 Por el cóncavo pecho la pasea.
 Tocó en el corazón, paró un momento
 El solemne latir, brilló en la frente
 La imagen del dolor, cesó el acento,
 Cesó el eco impaciente,
 Pálida se tornó la roja cara
 Que encendió la locura,
 Y vióse negra y clara
 En sus ojos la funebre herradura.
 Murió el guerrero, de su cuerpo frío
 El espíritu huyó que lo animaba,
 Quiso ver su conciencia plasmarse
 Con la muerte pagó su triste anhelo.
 ¿Era en el corazón en donde estaba,
 O hay que buscar para mirarla el cielo?

F. DE L.

AMOR DEL ALMA.

—¿Has querido mucho?

—Mucho,

como quizás nadie quiere;
 con esa pasión del alma
 que se engendra, nace y crece
 al impulso de una idea
 que no se explica y se siente,
 que hace sufrir y es muy dulce,
 que da pesar y es alegre.
 Con ese amor infinito
 que nadie á pintar se atreve,
 que es un cielo de ternura,
 todo un mundo de deleite.
 Con ese amor que en la tierra
 buscan los que se comprenden,
 los que sin duda han nacido
 tan solo para quererse.
 Con ese amor que es delirio,
 con ese amor que no puede
 igualarse á ningún otro,
 que no se extingue ni muere.
 Con ese amor que da vida
 cuando eterno se sostiene,
 que al corazón arrebató
 y al pensamiento suspende,
 que en nuestro pecho no cabe,
 que otra morada no tiene
 que el espacio en donde flotan
 los espíritus ardientes.
 Amor que brilla y se apaga
 ni es amor ni nada puede;
 solo es amor el que lucha,
 el que con todo se atreve,
 el que hasta el cielo remonta
 su aspiración mas solemne,
 el que al mundo desafía
 por mas que Dios lo condene.

ARTURO CAYUELA PELLIZARRI.

LO BLANCO.

FANTASIA.

En el eterno asiento,
 Donde en giro continuo y movimiento
 El Polo al Sol le pide.
 Entre el Bóreas helado,
 Luz, que, pálida mide
 Una mitad del año fatigado;
 Blanca como la nieve,
 Cual el armiño blanco, como el hielo
 Que á dominar se atreve
 En lejano horizonte
 La dura cresta de abrasado monte.
 Con blanco guante, con gracioso giro,
 Cual pálido suspiro
 Por la seca enramada
 Y por el triste Norte acariciado,
 Era, en esa region tan desolada,
 Un diamante mezclado
 Con los negros efluvios de la nada.
 Bajó de las regiones
 Donde con rabia el huracan asienta
 En trono de aquilones
 La púrpura fatal de la tormenta.
 Yo vi, cual su figura,
 Al esplendente sol de Andalucía,
 Con ondas de luz pura,
 De los ardientes rayos se cubría;
 Miré en el rostro bello.
 Y enredándose en él el tibio rayo;
 Jugar con su cabello
 Y, en fulgido destello
 Por las tendidas hebras, transparente
 Mentir las flores del risueño Mayo
 Suspensas y olorosas en su frente,
 Y, del helado punto,
 Nieve y horror y cariñoso acento.
 Mezclado todo junto
 Con el continuo y trabajoso asunto
 De amar y de no amar, que es mi tormento,
 Yo vi que su hermosura
 Hija de nieblas y de mares era.
 Dudé de su blancura,
 Su rica cabellera
 Llama fué, que quemando mi ventura
 En nieve convirtiera
 La roca derretida
 Como por faldas árticas vertida....
 Perdona el desvario:
 Si tú del Polo frío
 Y yo de ardiente amor toqué la cumbre,
 ¿Quién es el que no teme
 Vagar entre la nieve que deslumbre
 Un volcan de pasión y un sol que queme?

FERNANDO DE LAVALLE.

GACETILLAS.

NUESTRO REDACTOR D. ARTURO CAYUELA, publicará en nuestro periódico una serie de artículos, sobre la *Opera Española*, tan interesante como el que

insertamos en otro lugar del presente número.

DESDE LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS del Carnaval, la careta ha representado la fisonomía de un animal cualquiera, hecho del peor modo, por el peor de los menestrales.

El hombre tiene un afán especialísimo en parecerse á los brutos.

Los grandes hombres han llevado con orgullo, el apodo de «Corazon de Leon», «Chacal de la montaña», «Tigre de la Guardia», y otros á cual más bárbaros, segun la opinion de los que aspiran á no ser bestias.

¡Estraña locura! Los que menos condiciones tienen de valor y de serenidad, son los que hablan de los leones del desierto; los más torpes, de las agudezas de la zorra; los más imprudentes, de las habilidades del lobo; los cojos, de las águilas, los malos padres del jilguero; los ingratos del pelicano; los flojos de la cigüeña, del perro los infieles, y finalmente, al buscar cualidades en la Zoología para adornar sus obras, siempre se encuentra con la antítesis más continuada.

¿Cómo se relacionan estas ideas? Yo he visto caras que parecían hocicos de hurones; manos como garras de buitre; ojos, como ojos de mochuelo, narices, como picos de loro; y he visto caras de gato, bigotes de gato, caras de perro y hasta caras de vinagre.

La confusión se apodera de mi alma. La humanidad no compra caretas, sino que cambia de caras. En este bazar de figuras se llega á mentir el instinto animal; por eso los viejos se enamoran en carnestolendas. En este almacén de sentimientos se falsifican las almas; por eso hay quien lleva cara de mastín siendo lobo, cara de oveja siendo serpiente, cara de león siendo oveja y cara de paloma siendo... que se yó.

Después de todo, el carnaval tiene varios aprovechamientos.—La cuenta es exacta: tanto para el vino, tanto para las once, tanto para la linterna, la careta, el dominó, la campanilla, los papeles y los pobres del Asilo.

¡Dichosos elementos filantrópico-materiales: hasta para mudarse en sus errores tiene que gastar dinero esta humanidad!

Ya felizmente (y esta es opinion de este sandío y carcomido gacetillero) se contenta conque la conozcan fácilmente, sin oponer pueriles obstáculos para ser reconocida.

Ya el lobo enseña la oreja, y el buey no cubre la punta de su cuerno.

El mundo tendrá, dentro de poco, que renunciar al carnaval por.... inútil.

EN JUNTA DEL VEINTE Y NUEVE DE Enero de este año, han sido admitidos como académicos de la *gacitana de Ciencias y Artes*, nuestra distinguida directora y el asiduo redactor de este semanario, D. Fernando de Lavalle. Felicitamos á los académicos, y esperamos de ellos: del primero nuevos frutos de su imaginación y de su talento, y del segundo algunos momentos que robe, en beneficio de la Literatura, á sus severas y cuotidianas ocupaciones.

CONTINUAN LAS ESTUPENDAS Y HORROROSAS figuras de cera exhibiéndose en la Plaza del Progreso, siendo la admiración y el espanto de cuantos tienen el gusto de verlas, y si bien algunos no le encuentran el mayor parecido á las figuras, esto se debe á la sencilla razón de que habiendo llegado á esta ciudad en los días próximos á Carnaval, vienen los personajes vestidos de máscara. Cuando les quiten el antifaz será ella.

MOVIMIENTO BIBLIOGRÁFICO.

Hemos tenido el gusto de recibir el discurso que en la velada religiosa artístico-literaria celebrada el día 8 del pasado Diciembre en el palacio Arzobispal de Sevilla pronunció el Ilustrísimo Sr. D. Servando Arboli, capellan mayor de la de San Fernando de dicha Iglesia Metropolitana.

En el próximo número nos ocuparemos de dicho interesante trabajo con la extensión que el mismo requiere.

Entre tanto damos la más cumplida enhorabuena á su autor y le agradecemos muy mucho su galantería.

ASTA REGIA.

*Semanario de Ciencias, Letras, Artes
é intereses locales.*

Se publica en Jerez de la Frontera, cuatro veces al mes y sus precios son:

En Jerez llevado á domicilio, un mes	Fuera de Jerez, un mes, Rs. vn. . . . 6
Rs. vn. . . . 5	Semestre. . . . 34
Trimestre. . . . 14	Número suelto. . . 2
Número suelto. . . 2	

Cuyos precios para fuera de Jerez, se remitirán á su directora en sellos de correo ó letras de fácil cobro, anticipado, en la redacción y administración, Plaza de Eguilaz, número 17.

Imp. de EL CONTRIBUYENTE.

Santa María, 11.